

# ZOFIA KOSSAK



## LOS CRUZADOS

TOMO 2 - FIDES GRAECA



Traducción de Higinio J. Paterna

## Capítulo cuarto

### EN EL QUE ORIENTE HABLA DE OCCIDENTE...

—¡Su eminencia, el noble Simón Ducas, sebastocrátor! —exclamó con voz resonante el eunuco que se encontraba junto a la puerta.

El anfitrión, Pancraccio Butumitos, jefe de la armada oriental del imperio, se alzó vivaz para saludar a tan distinguido huésped, miembro de la dinastía antaño gobernante, que a pesar de los cambios conservaba su influencia en la corte gracias a sus habilidades políticas y administrativas.

—¿Qué tal? —preguntó con familiaridad Butumitos después de acomodar al dignatario en el puesto de honor—. ¿Alguna novedad?

—Nada, de momento. Pero mi consejo es que las tropas sigan dispuestas.

El honorable Butumitos, jefe de las fuerzas orientales, el honorable Tatiquios, jefe de las fuerzas occidentales y el honorable Euiorbenos Calatos, jefe de las fuerzas meridionales, lo miraron con curiosidad.

—¿Por qué? ¿Se atreverán los latinos a atacarnos?

—Cada día que pasa están más agitados... Hoy ya han arremetido contra la puerta de san Romano, pero Godofredo los detuvo... Tuvo un altercado con su hermano... Puede que mañana no logre detenerlos...

—¡Qué desgracia nos ha traído el estratego Argyrios! —refunfuñó Calatos—. ¡No debían haberlo enviado a las Galias!

—No es culpa del estratego Argyrios —defendió el anfitrión al ausente—. Su viaje no tuvo ninguna influencia en la movilización de estos lunáticos... Él mismo me dijo lo aterrado que estaba... El papa es el que lo ha hecho todo, él los ha enviado, seguramente para subyugarnos con el pretexto de defender el Santo Sepulcro...

—¡Ya quisiera ese intrigante Romano! ¡Que se someta más bien él al patriarca...!

—El estratego fue allí —continuó Butumitos— para reclutar a cuantos soldados pudiera para engrosar nuestras tropas... Expuso con elocuencia los peligros que se ciernen sobre “la Ciudad protegida por Dios” para que las condiciones del alistamiento fueran lo más favorables posibles... No es culpa suya que toda Galia, Italia y los países vecinos se hayan sumido en la turbación, en un arrebato irracional rumbo al Oriente y que la supuesta ayuda pueda convertirse en una calamidad de un momento a otro. Precisamente, para ponerse a cubierto de

esa calamidad, nuestro Augusto Señor, el Basileus —¡Dios le dé larga vida!— exigirá un juramento al duque de Lorena

—¿No yerra el augusto? —preguntó Tatiquios, bajando cautelosamente la voz—. Mejor ceder y darles comida que arriesgar los arrabales y los mercados al peligro de estos bárbaros. Démosles de comer y que se estén quietos o que se vayan donde las Parcas los lleven!

—¿De qué nos sirve ese juramento?

El sebastocrátor miró a los tres guerreros con la misma lástima con que un hombre de estado mira a un soldado.

—Nobles caudillos, seguramente no sabéis —dijo con tono sentencioso— que toda Europa armada se nos viene encima como una plaga de langostas... Primero vinieron esas bandas repugnantes que tan bien conoce el noble Tatiquios y que el pasado verano llenaron Bizancio de peste y suciedad... Las dirigía ese cómico “Cucupetros”, ese pseudosanto que no es en realidad más que un bobo inútil... Logramos desviar a esas bandas hacia Asia... Tienen su campamento en Civetot. Ahora han llegado los lotaringios... Pero esto no es más que el principio... Se aproxima una multitud de francópulos... Por el sur, Raimundo de Saint-Gilles... Por el norte los flamencos, los normandos... ¡Los normandos...! Nos acordamos todos de los normandos... Nos acordamos bien ¿verdad...? Todos juntos son más de trescientos mil, al parecer... ¿Qué hacemos si en vez de ir a por los sarracenos deciden conquistar Bizancio? Por eso el Augusto Basileus —¡Dios le dé larga vida!— quiere encadenarlos uno a uno con un juramento antes de que aprecien la fuerza que tienen todos juntos...

—¿Servirá de algo? —advirtió Calatos con escepticismo—. Si los francópulos quieren conquistar la ciudad, un juramento no los detendrá...

—Os equivocáis, nobles señores. Aunque parezca increíble, esos simplones cumplen efectivamente sus juramentos...

—¡No puede ser!

—Aparte de Bohemundo, que ya ha adquirido nociones más sutiles sobre cómo gobernar un país, los demás barones cumplen su palabra. Si juran no tocar nada, no tocan nada. Podemos estar tranquilos. Por supuesto, no faltarán leves transgresiones, saqueos y pillajes...: son salvajes sin medida ni disciplina... Pero los jefes no se rebelarán contra nosotros pase lo que pase...

—¡Curioso! ¿Tanto valor tiene para ellos su palabra...?

—Tanto. Por eso lo más importante ahora es convencerlos uno a uno para que juren... Según el último correo que nos ha llegado por paloma mensajera, Raimundo de Tolosa puede estar aquí

dentro de diez domingos, quizá incluso algo antes... Si se entera de que el lotaringio ha prestado juramento, tanto más fácilmente hará él lo mismo, y además Godofredo tratará de persuadirlo... En caso contrario, se instigarán mutuamente a resistir y entre tanto llegaría los normandos y...

—Ya se sabe.

—Pero ¿y si el lotaringio se niega?

—¡Por san Teodoro Stratelates! No sé lo que pasaría entonces. Pero espero que sus propias gentes lo obliguen. Están hambrientos.

—Mala cosa es tener a gente hambrienta y armada bajo nuestras murallas —señaló Butumitos, meneando su gran y redonda cabeza.

—Mala cosa.

Los cuatro se quedaron absortos pensando en esa tropas extranjeras, en esa multitud armada que tenían ante las puertas. No era la primera vez en la historia. Hacía más de trescientos años del horrible sitio al que los ávaros sometieron Bizancio. Rodearon la ciudad, hombro con hombro, eslavos, hunos, ávaros, pechenegos, búlgaros, varegos, persas, medos, yacigios, gépidos y otras tribus cuyos nombres habían sido ya olvidados. Habían venido como enemigos y ahí estaban, sus ojos observaban anhelantes la “Ciudad protegida por Dios”.

Hoy una nueva ola de pueblos se aproxima y va en aumento. Acuden, cierto, como aliados y defensores, pero la experiencia de los bizantinos les hace ser cautos. Saben de la irresistible tentación del oro, del que la orbe rebosa. ¡Oro! ¡Oro! Está en todas partes. Abunda también en la sala en la que se encuentran los cuatro amigos. Chorrea del techo. Brilla en las paredes como fondo de las pinturas. De oro son las lámparas, de oro los incensarios en los que sisea el ámbar que arde sobre las ascuas. En Bizancio adoran el oro e incluso la mayor parte de los nombres de la ciudad, como Crisoceras, Crisópolis, Crisotriclinio, del oro procede.

El servicio, perfectamente adiestrado, dirigido por la mirada de un eunuco que se encontraba en la entrada, traía sin hacer el menor ruido en fuentes de oro (¡oro otra vez!) maravillosos frutos del sur, delicados pasteles de sabor a miel y especias, sus predilectos quesos picantes de oveja y, en grandes cántaros de oro y plata, vino frío y caliente, agua olorosa y cerveza. El uso de la cerveza los griegos lo aprendieron de los rutenos y varegos enrolados en su ejército. A decir verdad, la cerveza bizantina es pesada, dulce y rica en especias y poco se asemeja a la bebida favorita de los pueblos eslavos y de sus vecinos, ligera y hecha de lúpulo y cebada.

La sala contigua, también iluminada copiosamente, pertenecía ya al gineceo, esto es, la parte de la casa asignada a las mujeres. Estaba separada por una pesada cortina de seda, ante la cual

había dos eunucos vestidos de blanco, espada en mano. Firmes como estatuas. Antaño su tarea era impedir que nadie entrara en el gineceo, hoy son sólo testimonio de la prosperidad de la casa. Las viejas costumbres habían caído en desuso. ¿Cómo podría existir la vida social y cultural sin las mujeres? ¿Qué encanto podría tener una conversación si no tomaran parte en ella? Así que, cuanto más elevada y plena se vuelve la vida intelectual y artística de Bizancio, más crece también su influencia y su peso y se ganan una posición tanto más independiente. A pesar de ello, guardan las formas del gineceo pues, aunque aparentemente incomoda, es fuente de no pocas ventajas. Basándose en las antiguas leyes y costumbres el gineceo constituye una parte separada de la casa, totalmente independiente, habitada por una cantidad de mujeres imposible de averiguar –familiares, amigas, monjas vagabundas, sirvientes, esclavas... Un verdadero estado dentro del estado que se gobierna por sí solo. Igualmente, la enorme cantidad de rincones, escondites, habitaciones laterales, celdas esmeradamente ocultas y laberintos conocidos sólo por sus dueñas hacen imposible al señor de la casa mantener una estrecha vigilancia sobre la vivienda de su esposa e hijas. Suponiendo, por supuesto, que éste pretendiera estrechar dicha vigilancia sin miedo a la indignada algarabía de cien mujeres.

Así que el gineceo perdura. Las nobles damas, al salir de la casa, cubrían su rostro con una gasa transparente, ligera como un suspiro. Era solo un símbolo de la sumisión de antaño. En realidad gozan de una libertad mayor que en cualquier otra parte del mundo. Se sirven de ella para entrometerse con fervor en todas las disciplinas de la vida social, especialmente en la política. El trono cesáreo, independientemente de quien se sienta en él, se encuentra continuamente sacudido por intrigas femeninas y más de uno de los acontecimientos de los que se ha hecho eco la historia ha sido provocado y preparado por blancas e irresponsables manos de mujer.

A la par que esta actividad iba en aumento, decaían entre las hermosas patricias bizantinas las tradicionales virtudes del hogar

La fidelidad la practican sólo las viejas y las feas. Saben aquí conciliar prodigiosamente una vida sin la menor atadura con una piedad severa, meticulosa y formalista. La descendencia se reduce a uno o dos hijos, y además ese hijo único lo dejan nada más nacer a una esclava de confianza para que lo críe y eduque.

Amante de las comodidades, la belleza y el goce, la sociedad bizantina profesa una ilimitada comprensión para con los leves y encantadores pecadillos femeninos. Por supuesto, únicamente en su ambiente, en el ambiente de los ricos mandatarios. Para la plebe, las leyes son extremadamente rigurosas y son ejecutadas implacablemente. Una mujer de condición inferior es condenada a muerte por adulterio. Si somos rigurosos, hemos de confesar que ocurre a veces que una patricia es rapada, vestida con hábito y trasladada al monasterio de la

rocosa y lúgubre isla Proti, el clásico lugar de destierro de las hermosas pecadoras de alta alcurnia. Pero para llegar a ese castigo es preciso algo excepcional, caer en desgracia ante el basileus, que se descubra una fracasada intriga palaciega o un escándalo especialmente manifiesto.

Nada raro, por tanto, que la cortina que separaba el gineceo del resto de la casa de Butumitos estaba ligeramente descorrida y que los eunucos guardianes observaban sin extrañeza la reunión que allí tenía lugar.

Había siete mujeres. Tres hijas de Butumitos y cuatro amigas: Teodora, Zoe, Águeda, Práxedes, Irene, Eudoxia y Anastasia. Todas ellas jóvenes y poseedoras de las tres principales virtudes exigidas de las mujeres en Bizancio: belleza, distinción e instrucción. Sus esbeltos cuerpos estaban maravillosamente conservados y cuidados, sus intelectos ágiles y ejercitados. Aprendían muchas cosas y podrían conversar con soltura de geografía, historia, matemáticas, filosofía, teología y poesía. Así que las rodeaban no solamente jóvenes petimetres cuyo único fin en la vida eran las carreras, sino también serios logoi, gente de pluma (o de palabra, para ser precisos) que no se aburrían para nada en su compañía.

Dos eran los bellos jóvenes: Demetrio y Cleón; y tres los escritores: Juan Ítalo, docto intérprete de Platón, cuyas obras acababa de copiar, para gran disgusto del patriarca; el poeta Pródromo, ídolo de las mujeres de moda aunque no igualaba en talento al gran Miguel Psellos, recientemente difunto; y Basilio Tzetzes, ilustre conocedor de Hesíodo y Homero. Igual que en la sala de al lado, los ejércitos latinos que acampaban a las afueras de la ciudad eran un inagotable tema de conversación.

—Me gustaría ir a verlos de cerca, pero mi padre no me lo permite —se quejó Zoe con enojo.

—No hay nada que ver —le aseguró Ítalo—. No son más que unos palurdos. Cualquier esclavo tiene mejores maneras que ellos. Pero su soberbia asciende hasta los cielos... ¿Os podéis imaginar, adorables musas, que se consideran seres superiores y que nos miran como si fuéramos bárbaros ignorantes?

Se echaron todos a reír a carcajadas, con desenfreno y en voz tan alta que en la sala contigua Butumitos frunció el ceño. Permitía violar las ancestrales tradiciones, pero sin excesiva ostentación.

—¡Nosotros... bárbaros! ¡Ellos...! Oh, venerable Ítalo irepite eso...! ¡Te lo suplico...!

—Pero no tiene ninguna gracia —replicó Cleón, el hijo pequeño del curopalate, esto es, guardián del Sagrado Palacio.

—El mes pasado, en la sala pequeña del trono, cuando nuestro Augusto y Píísimo Señor Basileus —¡Dios le dé larga vida!— hablaba con los emisarios del califa, uno de los francópulos, al que al parecer llaman de Melun, se sentó en el trono del Basileus.

—¡No puede ser!

—¡Imposible!

—¡Inaudito!

—Mi padre fue testigo. ¡Se sentó en el trono del Basileus!!

—¿Y qué pasó? ¡¿Lo acribillaron de inmediato?!

—¡Qué va! Se quedaron todos perplejos y el Augusto Emperador —¡Dios le dé larga vida!— se dignó simular que no veía nada, el hermano del rey de París se le acercó para pedirle que se alzara... Os fijáis: ¡para pedirselo! El muy grosero se levantó, pero balbuceó enfadado de modo que todos lo oyeron que él era igual de digno que el Basileus y que por qué no iba a poder sentarse cuando le dolían las piernas.

—¿Y qué más? ¿Qué más? ¡¿Qué le hicieron?!

—Nada más. Se fue a otra sala a beber vino.

—¿No será castigado?

—Pues no. A cualquier otro lo habrían ajusticiado entre tormentos en el acto, pero con estos locos mejor es no meterse. Así que el Benignísimo Basileus —¡Dios le dé larga vida!— dijo: “Dejadlo. ¿Podría vengarme de un animal irracional por una afrenta así? Que vaya en paz”.

—¿Y se fue?

—No de inmediato. El Augusto César —¡Dios le dé larga vida!— pudo mostrar una indulgencia angelical, pero los presentes no lo entendieron así. Mi padre y el gran drungario de la flota fueron tras el osado para contarle cuatro verdades. Apenas habían abierto la boca y él ya había agarrado la espada. Habéis de saber, nobles señoras, que esos salvajes no se desprenden de sus enormes espadas. Sus pesados filos rayan y destrozan los suelos del palacio, pero ninguno de esos energúmenos quiere oír hablar de desceñirse. He aquí que ese insolente asió su espada y dice: “en mis dominios, en un cruce de caminos hay un poste de piedra que allá pusieron los romanos... De ese poste los buenos caballeros cuelgan una señal de que aguardan a cualquiera que desee enfrentarse a ellos. Cada vez que he clavado mi señal nadie se ha presentado, y eso que en nuestras tierras no faltan los valientes. Ya estáis advertidos y ahora coged vuestras espadas. ¡Os espero!” Y agarró trozo de Hierro con ambas manos. Mi padre y el drungario le explicaron desconcertados que allí, en palacio, estaba prohibido pelear, que más tarde... No

quería ni escucharles. Repetía una y otra vez que cualquier lugar era bueno para la lucha y que quería luchar inmediatamente. Y cuando vio que no se iban a enfrentar a él los ultrajó con palabras groseras y se fue.

—¡Qué barbaridad!

—He oído cosas de lo más extraño acerca de sus costumbres —dijo el poeta Pródromos, acentuando melodiosamente las palabras—. Por ejemplo, cuentan que cuando tienen un juicio, la prueba concluyente de la verdad es tomar con la mano un trozo de hierro ardiendo. El que se quema la mano es culpable. El que no se quema, inocente. Y así se zanja la cuestión.

—¡Pero eso es imposible! ¡Ambos deben quemarse!

—Entonces ambos son castigados. Uno, por sum al comportamiento; el otro, por acusarlo ilícitamente... Estos juicios se llaman divinos... Tienen mucha fe en que el Señor está siempre dispuesto a inmiscuirse en sus menudas querellas y hacer que el inocente no sufra ningún daño... Es la mentalidad de nuestros monjes, pero allí creen en estos cuentos los primeros del reino...

—¡Ah, qué extraordinario! ¿Así que esperan un milagro? ¿Y no puede pasar a veces que...?

—No puede pasar, hermosa Águeda. El hierro candente es hierro candente y no hay hombre que no se queme, a no ser que sea una estatua de mármol o de bronce... Hay que tener un intelecto primitivo e ingenuo para tomarse en serio esas ensoñaciones.

—Primitivos e ingenuos son, sin duda —advirtió Tzetzes, que había guardado silencio hasta entonces—, pero poseen cierta grandeza... Al menos es lo que me parece... Quizá porque aún no me he cruzado con ellos... Por lo que cuentan, me recuerdan ciertos tipos homéricos. La misma simpleza, valentía, el mismo deseo de independencia... Y, a la vez, esas ansias de llevar a cabo en su vida un ideal, un ansia que, por desgracias, nosotros hemos perdido completamente, y que a ellos los ha llevado a abandonarlo todo y a venir aquí a defender el Santo Sepulcro.

—Bah, tonterías —murmuró Cleón resentido—. Han venido aquí por pillaje y para nada más... Cuando los conozcas más de cerca, noble señor, te convencerás de que nada los une a los héroes de Homero... Vulgares cochinos y ladrones, ávidos de oro: como los cuervos...

—Puede ser...

—¡¿Y sus mujeres?! ¡Decidnos algo de sus mujeres! —exclamó suplicante Águeda—. ¿Las ha visto alguno de vosotros?



—Yo las he visto —se jactó Demetrio—. Dos veces he ido con los emisarios al campamento latino.

—¡Contadnos pues presto! ¿Cómo es el campamento? ¡¿Es muy espléndido?!

—En absoluto. Difícil imaginarse igual miseria. Las tiendas pequeñas, estrechas, pobres... Nada de comodidades. No las conocen ni las necesitan... Van vestidos de cualquier manera. Es complicado distinguir a un caballero de un escudero y a un escudero de un siervo...

—¡Pero habladnos de las mujeres!

—Son aún más rústicas que sus maridos. No saben expresarse. No sé de qué se puede hablar con ellas. Vi a la cuñada de Godofredo. Vestida con seda gruesa, pero sus manos eran como las de una lavaplatos... Rojas, ásperas, escabrosas. No las tocaría por nada del mundo. No estoy seguro de si llevaba paños menores, ni de cuándo fue la última vez que se bañó... Quizá fuera antes de salir de casa...

—No seas malicioso, Demetrio.

—No es ninguna malicia. Estuve dando vueltas a propósito por el campamento y no vi ni un baño, ni una bañera, ni siquiera una jofaina... He oído también que el corte de los vestidos lo cambian una vez cada cien años para que las nietas puedan aún llevar los trajes de sus abuelas... Una nación muy ahorradora... ¿Qué os parece, queridas muchachas?

Sonaron sus risas argentinas, pues en Bizancio las modas cambiaban un par de veces al año.

—Se dice que están constantemente de parto, como las mujeres del vulgo... Consideran la infertilidad una deshonra... Pero son virtuosas...

—¡Pues claro! ¡Con esa pinta! ¡Menuda dificultad!

—Son virtuosas —repitió Demetrio con énfasis—, eso podemos envidiarles.

Mandó una mirada sugestiva a Práxedes, que era su prometida.

—Podemos intercambiamos —replicó altivamente—, llévate tú una de esas desaseadas y yo uno de los caballeros...

—Ibas a estar a gusto con él, Práxedes...

—¿Por qué no? Deben tener fuertes los brazos y los muslos...

Demetrio se turbó y se ruborizó.

—No creo que seamos más débiles... Y además... Te aseguro que no aguantarías ni una hora con uno de esos simplones peludos y apuestos... ¡Si no conocen ningún juego amoroso,

ninguna delicadeza, nada de sutileza! ¡Lo mismo sería casarse con el primer mercenario que te encontraras!

—No te enfades, Demetrio. Si lo he dicho de broma, sólo para irritarte...

—¡Eso espero! —exclamó—. Su sensibilidad está igualmente al nivel de la de un soldado cualquiera. No saben nada. ¡La mayoría de ellos no sabe leer! ¿Entendéis? ¡No saben leer! Sólo saben beber, engullir y pelear...

—¡Inaudito! Entonces ¿esa es la cultura de Occidente? ¡¿Qué ha pasado con Roma?!!

—¿Con Roma? La aniquilaron los bárbaros, cuyos bisnietos desean ahora aniquilarnos a nosotros... —dijo exasperado Demetrio mientras le daba su copa a un esclavo para que le pusiera más vino.